

Ferrari en Nueva York

Por RAMON ALBINO
ESPECIAL PARA POR DENTRO

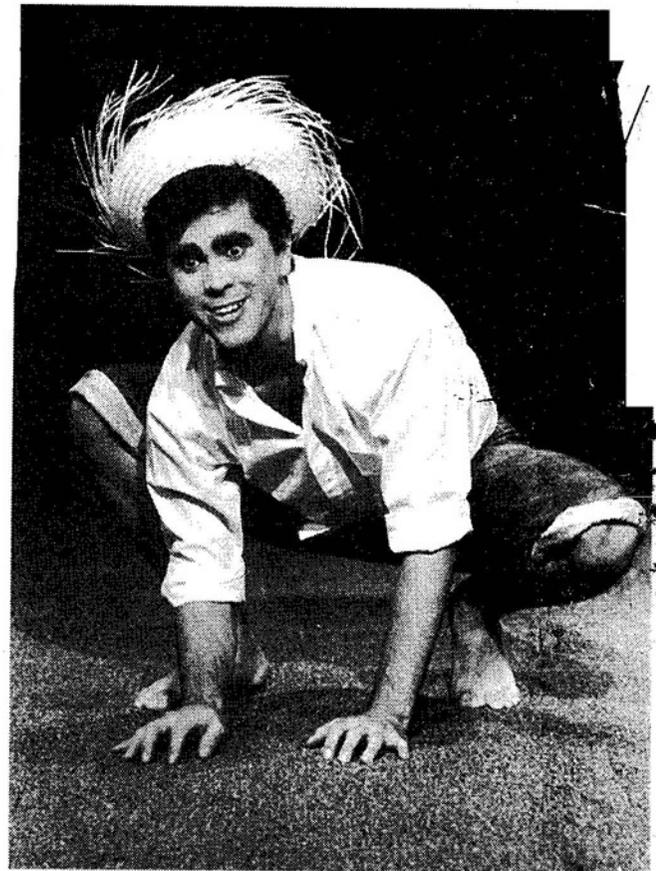
La Compañía de Teatro Círculo continúa su joven trayectoria de éxitos con la presentación en Nueva York de su segunda producción hasta ahora, la comedia costumbrista musical "Los titingos de Juan Bobo", del reconocido comediógrafo argentino, adoptado hace tiempo en Puerto Rico, Carlos Ferrari. La producción se estrenó el 15 de noviembre, con gran entusiasmo del público que llenó la sala del Saint Peter's Church Theatre del Citicorp Center, en Manhattan, de donde pasará al Teatro La Tea, en la calle Suffolk, entre Rivington y Delancey, para completar su temporada.

En esta divertida comedia, Ferrari mezcla texto, canciones, música y baile en una serie de situaciones que dramatizan los involuables cuentos de Juan Bobo, como el del caldero, el de los mameyes, el cuento del hipo y el de las fiestas patronales, por mencionar algunos, entrelazados por un narrador. Ferrari aprovecha para exponer el comportamiento del puertorriqueño del siglo diecinueve, que vive en el campo; personajes de diferentes clases y caracteres, en su tendencia irremediablemente humana de darle demasiada importancia a los valores materiales de la vida, contrastados con la espiritualidad, sencillez y sentido común de Juan Bobo, el personaje principal. La temática se hace eco de las actitudes viciosas y fallas morales de nuestra época.

Axel Cintrón, director de la pieza, es efectivo en coordinar con teatralidad los diferentes aspectos de producción, tanto actorales, musicales y plásticos, para recrear el mundo de este simpático personaje de nuestra mitología popular. Define a los personajes y el juego escénico de una manera deliciosamente exagerada, por el estilo de actuación farsico que selecciona, asomándose por momentos a la tradición gestual y coreográfica de la Comedia dell'Arte y del teatro de vodevil, que ya está implícita en el texto y las canciones. No le preocupa mucho la verosimilitud ni la precisión histórica en su interpretación de la obra, pero sí hace énfasis en la consonancia del ritmo y la ilusión del desplazamiento de los actores en el espacio escénico, a favor de los dichos del autor, las frases ingeniosas, chistes y expresiones populares, que enriquecen la experiencia del espectador.

Las actuaciones son un buen trabajo de conjunto. Están bastante bien niveladas a través de los dos actos de la obra, llenas de vigor y energía pura. Los actores, todos, dominan la escena al dominar las situaciones en que se encuentran sus personajes, proyectando seguridad y control de sus interpretaciones. Actúan, cantan y bailan con destreza los nueve sencillos, números musicales creados con soltura por Ferrari y arreglados por José Moreno. Sobresale del grupo, el trabajo consistente de Eva Cristina Vásquez como doña Juana, la mamá de

Juan, y la doble participación de Yeidy Rivero como doña Decorosa, la espirotera y como la Vecina. Dentro del estilo farsico, se les hace fácil ser más convincentes en lo que dicen y lo que hacen. Vásquez se gana la simpatía del público, transformada en una mujer fea y grotesca. Marca fuertemente las líneas de la cara con su maquillaje, con patas de gallos y un singular bigotito cantinflesco que, con la blusa de volantes y falda roja de impresiones florales, patentiza su rica caracterización. A Rivero la ayuda también su maquillaje y vestuario para convertirse en la curandera de habilidad y honestidad cuestionables; mulata de tez clara, con una hermosa maraña rizada que se le apodera del turbante de colores. Le saca partido al relleno en las caderas y el busto del vestido negro de volantes con vivos multicolores. Se luce, principalmente, en la escena de "El fufú", donde, además, hace despliegue de sus destrezas para el canto. Como la Vecina, vulgar y chismosa, logra separarse en voz, gesto y movimiento de doña Decorosa. Roberto Rodríguez se destaca en su interpretación particular de Juan Bobo. En voz y manierismos, tiende a resaltar con naturalidad las cualidades infantiles de Juan, más como niño que como adulto, la inocencia y el candor del personaje. Le favorece, la voz que crea, para presentar el aspecto travieso del personaje, que de bobo no tiene nada, tanto en las partes habladas como cantadas. Como eje central del espectáculo, se sustenta y es creíble en su trabajo. Buenos trabajos, también, son los de Wanda Arriaga y Anabel López que, al igual que Rivero, doblan papeles femeninos en la obra. Tanto Arriaga como López, divierten con sus caracterizaciones de las vecinas, doña Eleuteria y doña Clorinda. Son una delicia, cantando y bailando el número "No pasa na'", junto a Rivero, como la Vecina. Como Rosita, la novia rica de Juan Bobo, Arriaga juega bien con las transiciones de la aparente elegancia y finura de la muchacha engreída y necia, cuando todo le sale bien y está protegida por su papá, don Catalino, a la muchacha antipática y voluntariosa, que también puede ser grosera, cuando las cosas no le salen tan bien. El vestido rosado con cancan corto almidonado y peluca de bucles dorados la ayudan a convertirse en una pretenciosa muñeca de mentira. Como Panchita, la novia pobre de Juan Bobo. López es graciosamente odiosa, por lo de muchacha traviesa, que de inocente no tiene nada. Astuta y maliciosa, cejijunta, con sus trenzas y pecas chilindrinescas, hace un acertado contraste con Juan; atributos, que López entiende y demuestra eficazmente en escena. José "Cheito" Oliveras logra su personaje de don Chepo. Hace galas de este bien concebido papel con su retintín, "¡Oigan esto!", y chorrea con picardía una copla, confeccionada para cada momento. Ricardo Rodríguez Puente y Luis Felipe Meléndez se desempeñan bien en sus respectivas participaciones. Rodríguez Puente maneja muy bien su sonora voz de barítono como el Na-



Roberto Rodríguez en su caracterización de Juan Bobo.

rrador, hilvanando cada cuento, rítmicamente y con precisión. Se oye muy bien cuando canta los solos en "Todo tiene cura" y "Fiestas Patronales". Al ponerse el gabán del traje de tres piezas, con el pantalón, quizás, un poco ajustado para la época, y al cambiar la dicción correcta del Narrador a un español arcaico, ajibarado, como hablan los demás personajes se convierte automáticamente en don Catalino, a quien interpreta con presteza y honradez. Meléndez encarna con propiedad al alcohólico padre de Juan Bobo, don Cástulo, dentro del estilo de actuación establecido para la producción. Tan y tan borracho, el don Cástulo de Meléndez, que su horrachera justifica sin lugar a dudas la muerte que le provoca su hijo de un susto, al tratar de quitarle el hipo que lo aqueja.

Harry Nadal diseñó el vestuario y la escenografía, conjunto de elementos simples, lo imprescindible, para el desarrollo de la acción y para darle movilidad dentro y fuera de escena a esta compañía itinerante de actores. El concepto general de la ropa, confeccionada por María Guzmán, sigue en cierta medida a la despreocupación del director por la precisión histórica. La escenografía está comprendida por una que otra banqueta y taburete, complementada por una utilería mínima. Combinada con los recursos de iluminación, que diseñó Roberto Rodríguez, se proyectan globos o patrones en luz sobre un telón de fondo, con diferentes lugares de una campiña, según las necesidades pictóricas de cada escena. Un pedazo de tela vaporosa, azul claro, cruza diagonalmente la escena para denotar el río en la escena de las lavanderas chismosas. Una olla inmensa con tres patas sirve del caldero de Juan Bobo. Una mano de cintas anchas de colores, igualmente cruza la escena, a la vez que los actores entran con lámparas de gas, también de colores varios, para establecer la escena de las fiestas patronales. Una paila o caldera con un palo largo, estilo muñequitos de televisión, sirve para crear la casa de doña Decorosa.

Después de la función de estreno, la noche se cerró en grande con la participación de los cantantes de ópera puertorriqueños, la soprano Magda Nieves y el barítono Oscar de Gracia en una concurrida recepción. Nieves y De Gracia, quienes se encuentran en Nueva York, luego de destacarse exitosamente por años en los teatros de ópera de Alemania, encantaron a los presentes con canciones de Rafael Hernández y Monsita Ferrer, acompañados al piano por Shellie Johnson. Johnson continuó amenizando la velada, tocando temas de la música clásica y popular puertorriqueña.